

DOS CARAS DEL SUEÑO EUROPEO

Dos historias de migración, una de éxito y otra de fracaso, de Ecuador a Colombia, marcadas por la ley de Extranjería y las dificultades de salir adelante con un sistema que empuja a la economía sumergida.

POR GONZALO SÁNCHEZ

María Fernanda y Pedro Luis no se conocen. Ella es quiteña y él de Cali. Ella llegó en 2001 y él en 2016, quince años de diferencia, Ecuador y Colombia. María Fernanda dejó un buen trabajo en el hospital metropolitano de Quito, mientras que Pedro Luis reunió a duras penas el dinero para volar a España vendiendo dulces en los autobuses de las barriadas de Cali. Él llegó a Dénia por la cocina mediterránea y persiguiendo su sueño, trabajar con Quique Dacosta. Ella vino a València porque le gusta el mar. Y aunque no se parecen en nada, sí que les une algo; un hilo de experiencias que les toca vivir a los que vienen del sur. Golpearse contra un muro llamado ley de Extranjería, que les arroja a la economía sumergida, a trabajar en negro, a cobrar cuatro duros en condiciones indignas, a ser estafados y a aguantar como se pueda durante años hasta que se regularice su situación. A Pedro Luis pronto le identificaron, y fue deportado a Bogotá en un vuelo militar, esposado. María Fernanda tuvo suerte, pudo regularizarse, estudiar una carrera, un máster, formar una familia y ahora va camino de un doctorado. La diferencia entre una y otra historia, el éxito y el fracaso, no tiene que ver con la meritocracia ni con el «sueño europeo», sino más con el azar de que no te identifiquen, la única alternativa que les queda a los que vuelan de su tierra para encontrar una vida mejor.

María Fernanda Villacrés (Quito, 1975) forma parte del grupo de investigación en migración y desarrollo de la Universitat de València, además trabaja en la Fundación Dasyc con proyectos de cooperación al desarrollo. Ha publicado sus investigaciones en universidades de todo el país y ahora mismo está ultimando su doctorado, centrado en cómo los emigrantes aportan al desarrollo de sus países de origen. Pero cuando llegó a Madrid, en 2001, lo hizo con una deuda sobre los hombros (con un interés del 10 %) que le costó varios años pagar. Así consiguió el dinero necesario para el billete de avión y los gastos para empezar de cero en España. Llegó como el 95 % de los migrantes, en avión y con un visado de turista que se le acabó a los pocos meses. No pudo convalidar los estudios que tenía en su país de origen, solo el bachillerato. Así que le tocaba empezar de cero. A los seis meses de aterrizar en el barrio madrileño de La Latina, decidió venir a València.

Trabajadora del hogar, cuidadora de niños, de ancianos, hostelería y mil empleos más. *Currar* de lo que salga y en la economía sumergida. Pese a todo, la economía de Ecuador (dolarizada en ese año) fijaba el salario mínimo en unos 300 euros, así que ganaba más que en su país. «Los primeros años fueron muy duros, prácticamente enviaba lo que ganaba a mis familiares y para pagar el préstamo, que avaló mi tío con un terreno, así que no quería perjudicar a mi familia y trabajé durísimo», cuenta María Fernanda. Pero sus papeles tardaron en llegar



cincos años, época en la que estuvo chocando contra el martillo pilón de la ley de Extranjería. «Es un limbo porque sabes que tienes el conocimiento y las capacidades pero no puedes desarrollarte ni trabajar con un contrato legal en ningún sitio».

Con el tiempo decidió volver a estudiar. «Fue muy duro; trabajaba de camarera, cuidaba un niño y a una señora mayor. No solo era un trabajo, eran varios, pero sabía que tenía capacidades para hacerlo ¿Me ha costado? Sí. Lloré un montón porque extrañaba a mi familia y hasta bajé de peso. Estudiaba por la noche cuando llegaba a casa, en los descansos del trabajo, a la hora de comer, en el metro...». Todo eso, en una época en la que fue madre, a lo que tuvo que sumar los cuidados de su hijo y la difícil conciliación. «Si para la mujer se habla de un techo de cristal, las mujeres migrantes tenemos un techo de losa. No es de cristal, porque las mujeres en general por lo menos ven la luz».